

¿ES VERDAD QUE SI DIOS NO EXISTE TODO ESTÁ PERMITIDO?

I. Introducción.

Se ha afirmado muchas veces, al hacer el diagnóstico de los males del mundo contemporáneo, que su última causa es la ausencia de Dios en la vida de las personas y de las comunidades. El exilio de Dios explicaría en gran parte que se obre sin mayor preocupación por conocer si lo que se hace es bueno o malo, o peor, que lo que es bueno sea considerado malo y lo malo, bueno, según el mejor parecer de cada cual o de la sociedad en su conjunto. De esa manera, la desaparición de Dios del horizonte de la vida humana estaría en la raíz del relativismo y, con él, de la franca decadencia moral de las sociedades. Por otro lado, entre los no creyentes o entre los ateos se replica que tal manera de ver las cosas, aparte de injusta, sería falsa, pues las sociedades laicistas, o esos mismos no creyentes o ateos en sus vidas personales, ya habrían mostrado suficientemente que aun viviendo sin Dios, no por eso se han transformado en monstruos sin virtud ni ley. Suele añadirse que entre los creyentes se aprecian tantas “malas acciones” como entre los no creyentes o ateos.

¿Es verdad que Dios es, necesariamente, el principio último y único de orden de las acciones morales? ¿Es verdad que negado Dios, por la vía que sea, no queda sino un hombre privado del orden moral y, por eso, depravado? ¿Más aún, es posible prescindir absolutamente de Dios en la vida moral. En otras palabras, es verdad la frase de Dostoievski que estaría en “Los Hermanos Karamazov”: *Si Dios no existe, todo está permitido*. Esta frase afirmaría el hecho de que Dios es el principio de la moral y por eso la causa según la cual se ordenan –o desordenan– todos los actos morales. De allí que sacado Dios de en medio, no habría diferencia alguna entre lo bueno y lo malo... y *todo estaría permitido*.

Abordaré, en las líneas que siguen, el problema de si Dios es el primer principio de la moral tal cómo, me parece, se encuentra desarrollado en santo Tomás. Desde allí intentaré resolver algunas cuestiones como la de si el relativismo tiene su causa o no en el desconocimiento de Dios y la de si tal desconocimiento es posible.

II. Dios como principio de la moral.

1. El fin de la vida moral.

Todo hombre apetece natural y necesariamente su propia felicidad o perfección. Sin embargo, esa perfección no es posible de lograr en la posesión o uso de bienes particulares. Por eso, enfrentada con estos, la vida humana transcurre pasando de un deseo a otro, de una

acción a otra, de manera de ir completando paulatinamente el propio ser, pero sin alcanzar nunca un reposo completo.

Santo Tomás pone ciertas condiciones que debe reunir el bien en el que se halle la felicidad:

- a. No se puede tratar de un bien radical y exclusivamente externo. La felicidad o perfección evidentemente tienen que darse en el hombre feliz o perfecto. El bien en cuestión debe constituir esencialmente la felicidad. Por esto, además, el bien que, poseído, haga feliz al hombre debe ser esencialmente comunicable, es decir, participable en muchos, sin que eso signifique disminuirlo. Esta condición es propia sólo de un ser espiritual, no sujeto a las leyes de la materia física.
- b. El bien de que se trate debe ser apetecible por sí mismo. No puede tener bajo ningún respecto el carácter de algo que conduce al fin o, como suele decirse, de medio.
- c. Tiene que ser absolutamente perfecto, es decir, sin ningún tipo de limitación en su bondad. Debe ser suficiente por sí mismo para saciar el apetito humano, que, por ser racional, es en cierto sentido infinito. Sólo un bien infinito y, por consiguiente, supremo puede hacer reposar a la voluntad. Solamente el hombre que alcanza el bien infinito, en estricto rigor, ya no quiere nada más, pues lo tiene todo.
- d. Tiene que tratarse de un bien que excluya todo mal. No puede ser un bien que pueda encontrarse en hombres buenos y malos ni menos él mismo puede ser causa de algún mal en el hombre.

Con estas condiciones, es claro que la felicidad no puede estar ni en la riqueza, ni en los honores, ni en la gloria o fama, ni en el poder; tampoco en la belleza o salud corporal; menos en el placer, especialmente si se trata del sensible, aun cuando un cierto placer espiritual sea una propiedad de la felicidad. El bien ni siquiera puede ser el hombre mismo o su alma: “el hombre tiene un fin distinto de él mismo, pues él no es el bien supremo”¹, dice santo Tomás. No queda sino que sea Dios.

2. Dios como fin último.

El fin último del hombre, en un sentido objetivo, no puede ser sino Dios. En un sentido subjetivo, la felicidad perfecta o bienaventuranza que es el goce de la visión de Dios. Dios o su goce es lo que mueve toda la actividad del hombre. El hombre está hecho para Dios. Sólo Dios le conviene como perfección. Cualquier otro bien que el hombre ponga en el lugar de Dios como fin último será radicalmente insuficiente para actualizar plenamente su

¹ *S.Th.*, 1^a 2^{ae}, q. 2, a. 5, S. c.

entendimiento y, por consiguiente, para saciar su apetito. El conocimiento de los entes finitos debe naturalmente culminar en el conocimiento del Ser puro subsistente, es decir, de Dios, que es su causa. Por eso, la perfección del hombre, que está inscrita desde un comienzo en su naturaleza, no puede estar sino en el conocimiento de la esencia de Dios². De allí que se diga que Dios es el fin último y, como tal, motor de toda la actividad humana.

3. Dios como primer principio de la moral.

Si los fines son los principios y Dios es el fin último de la vida humana, entonces Él es el primer principio de la vida moral.

Sin embargo, esta idea no ha sido aceptada pacíficamente³. Algunos intérpretes estarían dispuestos a aceptar que Dios podría ser el primer principio del apetito del bien, cualquiera que sea, pero no habría razón para sostener que lo sea en el orden moral. Dicho en dos palabras, Dios parecería ser, sin más, el principio de todo obrar, pero no del moral en cuanto tal. La razón estaría en que el hombre obraría bien o mal moralmente con independencia de la referencia de sus actos a Dios.

El asunto es que Dios, por supuesto, es el principio de toda actividad de cualquier creatura, independientemente de su formalidad moral. Pero por eso mismo, es principio también de la actividad de aquella creatura que le compete quererlo voluntariamente, es decir, moralmente: Dios es el principio de la actividad humana en cuanto tal. Veamos. Todo bien es objeto de la voluntad. El objeto de la voluntad es el bien universal, el bien en común. Se dice que el objeto de la voluntad es el bien universal, porque a ésta le conviene todo ente: está en su naturaleza convenir con todo. Ahora bien, esa conveniencia del hombre con cualquier bien se verifica mediante la voluntad libre. Por eso, se dice que el apetito de bienes, en el hombre, toma forma moral. Cuando el hombre apetece cualquier cosa –desde unos sucios billetes hasta una obra de las bellas artes, desde tomar un descanso hasta adquirir una ciencia–, los apetece moralmente, porque su voluntad es libre. Evidentemente el apetito humano del bien no recae simplemente sobre su ser físico o extrínseco, sino en cuanto forma parte del mundo de las cosas humanas según un orden de la razón. Por ejemplo, los billetes son apetecidos según son propios o ajenos y, a partir de allí, según si deben ser tomados o no. Cada vez que el hombre considera un bien, se le hace presente según le conviene o no a su naturaleza humana en cuanto tal. De allí que ese apetito tenga carácter moral.

² *S. Th.*, 1^ª2^ª, q. 3, a. 8, c.

³ Estoy pensando en teorías como la de Grisez y Finnis, que estructuran la vida moral a partir de los llamados bienes básicos y no a partir de Dios como primer y único bien, del cual los otros serían participaciones.

Respecto de Dios, es obvio que Él no es por esencia el bien moral del hombre. El ser de Dios no consiste en ser fin de la actividad humana. En este sentido, no dejan de tener razón aquellos que sostienen que es una corrupción de la religión el tener a Dios únicamente como razón para bien obrar. Pero si tienen razón en eso, no la tienen cuando sostienen que la razón del buen obrar no está en último término en Dios. Que Dios no sea esencialmente fin de la actividad humana no quiere decir que, habiendo actividad humana, no sea Él necesariamente su fin. El hombre, como está dicho, apetece en cada uno de sus actos a Dios y en ese apetito está la realización de su bien moral.

4. El conocimiento implícito de Dios.

Afirmar que Dios es el principio del obrar moral conduce a la dificultad de explicar las múltiples acciones realizadas sin que Él aparezca en el horizonte expreso de los bienes intentados. Y, más aun, lleva al problema de explicar la actividad de todos aquellos hombres que expresamente se declaran ateos o que, aunque acepten la existencia de Dios, sin embargo, no la asumen como algo que tenga que ver con su propia actividad o con la concreta organización de su vida.

El problema del conocimiento implícito de Dios se plantea en el terreno práctico. Por eso, aparece en el contexto del amor natural a Dios, que supone no un conocimiento teórico, sino el exigido por todo conocimiento por connaturalidad, que termina no en un concepto o noción más o menos clara de lo amado –en este sentido no es un conocimiento objetivo por no haber objeto de concepto– sino en la cosa amada según el ser que tiene en sí.

El hombre, como está dispuesto naturalmente para ser perfecto en el conocimiento de la esencia divina, se dice que tiene un amor natural de Dios. Y porque “el amor es el principio del movimiento que tiende al fin amado”, entonces, como la causa eficiente se mueve por la final, se puede decir que Dios es la causa del amor que está en el origen de toda actividad humana. ¿Qué acontece, entonces, con aquel que expresamente dice no amar a Dios? ¿Qué ocurre con aquel que aun diciendo que lo ama, sus acciones lo desmienten? ¿Cómo Dios puede ser principio del obrar de un ente racional que no reconoce su existencia o que en sus actos da prueba de no amarlo?

Ese amor natural a Dios no implica, sin embargo, que Él este explícitamente presente en la mente del hombre para moverlo a actuar. De la misma manera que en una cadena de fines, los más remotos no tienen que estar expresamente presentes para que los próximos cumplan su tarea, así tampoco es necesario que Dios esté presente explícitamente a la conciencia para que mueva a actuar. Basta la presencia implícita de Dios en el conocimiento y en la intención para que este actúe como fin.

Pero esto no soluciona el problema del ateo. Santo Tomás no olvida que la naturaleza humana en su estado presente es naturaleza caída y, por tanto, el amor natural a Dios está dañado, razón por la cual los bienes particulares son amados muchas veces sin que queden referidos, aunque sea de modo habitual, al fin último. Es lo que afirma en la cuestión 109 de la 2^a2^{ae} de su *Summa Theologiae*. Sin embargo, atribuye la falla a la voluntad en cuanto razón y no en cuanto naturaleza⁴.

5. El ateísmo.

La primera cosa que no hay que olvidar es que si bien Dios no es evidente para el hombre, no por eso el conocimiento que pueda llegar a tener de él deja de ser natural. Conocer a Dios es mucho más natural que, por ejemplo, saber de la existencia de alguien que dejó grabada su voz en el buzón de un teléfono, aunque no haya sido visto. Si Dios no es evidente de modo inmediato, su existencia cae de su peso casi con sólo tener los ojos y la inteligencia mínimamente despierta. Lo natural tiende a manifestarse por su propia fuerza, aun en la naturaleza libre, incluso sin la colaboración de dicha libertad. El ateísmo es un imposible en una persona medianamente normal. En el terreno de la voluntad pasa algo semejante: el apetito de bienes particulares refiere naturalmente al hombre a aquel Bien sin el cual ningún otro sería bien y que por eso se quiere necesariamente. Podría alegarse que el fin querido necesariamente es la felicidad, y no Dios. Sin embargo, nadie quiere su felicidad como algo vacío de contenido. Querer la propia felicidad es querer bienes “concretos”. Y como ningún bien finito realiza perfectamente la razón de bien, conduce, a la larga o a la corta, antes o después, a enfrentar al Bien absolutamente perfecto que es Dios.

No es ninguna casualidad que quien intenta vivir como si no hubiese Dios, le acompañe la angustia y la desesperanza. No es otra cosa que la frustración de una naturaleza intelectual cuya plenitud no puede estar sino en Dios. No es extraño que en los momentos en que el hombre experimenta más fuertemente su indigencia refiera expresamente su destino a Dios, sea para impetrar su ayuda, sea para reprocharle su “abandono”. No es casualidad que muchos hombres arreglen sus cuentas al menos en el momento de la muerte, cuando ya se acaba su tiempo para referir su vida al solo Bien que realmente los sacia. Es la naturaleza que brota.

Lo que ocurre con algunos hombres es que muchas veces, porque su relación con el Bien perfecto, con Dios, es personal –no puede ser de otra manera–, cuando actúan electivamente de manera incoherente con su amor natural a Dios, terminan por “castigarlo”,

⁴ *S.Th.*, 2^a2^{ae}, q. 109, a. 3, c.

declarando teóricamente su inexistencia. Pero es una declaración en la que no se cree. Por eso no es raro que cuando se hace esté revestida de ira contenida o de sarcasmo. Es muy raro encontrar a alguien que niegue a Dios con la misma tranquilidad de espíritu con la que se puede negar la existencia de la galaxia Deméter. Es que lo primero tensiona toda la naturaleza personal. Lo segundo no.

Cuando el autodeclarado ateo insiste en su vida desordenada, como no puede evitar la molesta presencia de Dios en su conciencia, termina por convertirse en su enemigo: el antiteo. La inicial molestia por la inevitable presencia de Dios deriva en declaración de guerra, en la que no sólo se querrá contrariar a Dios en la vida personal, sino también en la de la comunidad. La guerra pública, por una cuestión de estrategia, ha consistido muchas veces en ignorar socialmente a Dios, en vivir comunitariamente como si no existiera. La religión es empujada al ámbito privado y se difunde la idea de un Dios que, con suerte, es poco más que un remedio de desequilibrios psicológicos. Por supuesto, también han existido las posiciones abierta y militantemente antiteas, aunque en su momento se declararan como ateas. El caso del marxismo es claro: ideología oficialmente atea que, hasta el día de hoy, allí donde tiene poder, se dedica a perseguir la religión y muy especialmente a la Iglesia Católica. Ha sido publicada por Richard Wurmbrand alguna poesía del “ateo” Marx en la que con resentimiento declara que respecto de Dios, solo le queda vengarse, y otras cosas peores.

¿Es posible un ateísmo sincero? Hay que creer a algunos que así lo declaran. ¿Cómo puede llegar a ser posible, si la referencia a Dios es natural y tiene gran fuerza? Creo conveniente distinguir entre un ateísmo total y otro parcial. El primero es el que excluye no solo a Dios, conocido formalmente como tal y con sus atributos propios accesibles a la razón, sino también toda referencia a un ser o principio superior del cual depende en último término la vida humana y al cual se le apliquen todos o algunos de los atributos formalmente divinos. Un ateísmo de este tipo me parece que es imposible. No es raro encontrar a quien, profesando públicamente de ateísmo, termina creyendo en cosas a las que insólitamente le atribuye caracteres divinos. Pero esto ya no es ateísmo total, sino parcial. Este último, precisamente, es aquel en el que se rechaza a Dios según es conocido por la fe tradicional y la razón natural, pero se acepta en su lugar la existencia de otras realidades que, conciente o inconcientemente, pasan a tener el lugar de Dios. En esto el hombre es curiosísimo: no está dispuesto a aceptar a Dios, pero sí, fuerzas físico-cósmicas o telúricas que rigen los destinos del hombre; sí, el horóscopo; sí, extraños semidioses solo accesibles a iluminados y pseudo profetas; sí está dispuesto a poner sus esperanzas en la ciencia o en la democracia como si estas fueran la fuente de todo bien y de todo progreso. Es la permanente tentación del paganismo. Pero en

realidad, lo que ocurre con el paganismo es que Dios no desaparece absolutamente, sino que es desfigurado para acomodarlo, conciente o inconcientemente, al propio modo de vivir. Este ateísmo parcial, a veces, toma la forma de agnosticismo: se sostiene teóricamente, sin negarla directamente, que la existencia de Dios no se puede afirmar. Y por eso se intenta vivir como si no existiera.

Pareciera que un ateísmo del segundo tipo es posible que se profese sinceramente. ¿Cómo se puede llegar a él? Sin pretender agotar los infinitos caminos que pueden explicar tal cosa, la experiencia indica que deriva más que de posiciones teóricas, de la vida moral. Y no tanto de una vida en la que las malas elecciones son plenamente concientes, sino más bien de una vida que discurre en la mediocridad. El ateísmo o el agnosticismo parecieran ser no una tentación del hombre que actúa directamente con “mala fe”, sino del moralmente mediocre. De aquel desmoralizado que no tiene la fuerza (virtud) para obrar el bien sin ahorrar en esfuerzos. El hedonismo predominante de la sociedad contemporánea es especialmente apto para producir espíritus mediocres que, para esconder su propia indigencia, terminan por ignorar a Dios.

Sin embargo, si esto es posible, es raro que la inteligencia del ateo parcial –que en estricto rigor no es ateo–, naturalmente dispuesta para la verdad, no juzgue, tarde o temprano y más allá de su voluntad, sobre el error que una tal creencia supone. El ateísmo suele ser un problema de voluntad: un no querer a Dios, más que un no creer en su existencia o en su palabra.

6. La razón práctica ante Dios.

Lo interesante es que el ateísmo no hace sino corroborar que Dios es el primer principio de la razón práctica. Si Dios es objeto del amor natural, entonces, como fin último lo es del amor racional por el que se tiende a todo otro bien distinto de Él. Esto significará que en cada acción realizada, buena o mala se manifestará el bien total conveniente al hombre. Por supuesto, tal manifestación podrá ser más clara o más oscura, más distinta o más confusa, pero en ninguna acción humana desaparecerá absolutamente el horizonte en el que se realiza: el del fin último según el que, en último término, la acción es buena o mala.

El problema del hombre es que como no es un ente simple, el amor natural a Dios, que impregna todo su ser, se manifiesta no en un deseo unitario, sino que en un haz de inclinaciones que tienen sus propios objetos particulares. Pero tal multiplicidad no debe esconder la radical unidad del obrar humano que tiene su causa en el único fin.

Esos objetos particulares de las inclinaciones del hombre, respecto del fin último, son objeto de elección. Y pueden ser elegidos según el orden al fin último que les corresponde o

no. Pero, sea lo que sea, la actividad electiva y la razón que la informa tienen como medida su adecuación al fin último, conocido y amado naturalmente. Eso significa que cuando el proceso deliberativo termina, por el motivo que sea, en un juicio *prácticamente* falso y, por consiguiente, en una mala acción; la inteligencia, con total independencia de la voluntad electiva, simplemente empujada por su amor natural a la verdad y movida por el amor natural a Dios, juzga acerca de tal falsedad o maldad, manifestando tal juicio reprobatorio en lo que comúnmente es conocido como “remordimiento de conciencia”. Es cierto que habrá juicios de conciencia que yerren en algunos aspectos particulares y difíciles. Pero es imposible que yerren absolutamente. Como enseña el Doctor Angélico en *De Veritate*, el oscurecimiento total de la sindéresis no es posible.

7. La analogía de los primeros principios especulativo y práctico

Mucho se ha debatido acerca de la analogía del primer principio de la razón práctica con el del entendimiento especulativo. Se ha intentado ver si con el primer principio del entendimiento práctico sucede lo que, según advierte Aristóteles, acaece con el del especulativo: quien quiera negar el principio de contradicción, para hacerlo, debe afirmarlo.

Partiendo del hecho de que la analogía debe considerar que el especulativo es el primer analogado del conocimiento y que, por lo tanto, sus principios estarán también operando en el conocimiento práctico –si no, este no sería conocimiento–, se puede decir que la analogía existe por el hecho de que cada vez que la razón práctica llega a una conclusión, en cuanto se da como acción en la voluntad, la conoce en términos de bien y de mal. Eso significa que cuando el hombre actúa bien, la inteligencia aprueba, confirmándose el hecho de que la buena acción es buena. Por el contrario, si actúa mal, la inteligencia reprueba, confirmando también que la buena acción es buena. En otras palabras, el primer principio práctico funciona como práctico. No hay que esperar que la aplicación del primer principio práctico a una acción particular deleve siempre la verdad especulativa acerca del bien particular presente en ella.

El primer principio práctico funciona como tal incluso cuando se actúa bajo un error de la inteligencia, por ejemplo en el caso de que alguien crea hacer algo bueno, cuando en realidad es malo. Quien hace tal cosa creyendo que es bueno, aun cuando yerre, lo hace bajo la razón de bien, es decir, en cuanto en ella hay algo divino. Y por eso el juicio de conciencia aprueba tal acción y la reprobaría si hubiese sido hecha contra lo que se conocía como bueno.

La existencia del primer principio práctico es el que tiene por efecto que el hombre, cada vez que actúa libremente, lo haga entendiendo –juzgando– su propio actuar en términos de bien y de mal, y que lo que conoce como bien conlleve que su contrario sea conocido como

mal y al revés. Por esto es que cuando el hombre actúa mal, sabiendo, juzgará tal acción, aun cuando no lo desee, reprobándola. En este sentido, la afirmación de Cristo de que quien no está con Él está contra Él, no es válida sólo en el terreno sobrenatural, sino también en el natural.

III. Conclusiones

1. Dios es el fin último de la vida moral para quienes lo aceptan y para quienes no lo quieren.
2. Como Dios es la causa de la bondad de todo otro bien, nada puede quererse adecuadamente si no es en la línea del amor naturalmente recto a Dios. Dios es el principio de todo el orden moral. En este sentido sería verdadera la frase “Si Dios no existe, todo está permitido”. La negación práctica de Dios como fin, aunque no pueda ser total, conduce al relativismo.
3. Sin embargo la frase no es verdadera en otros dos sentidos. En primer lugar, porque si Dios no existiera, no habría nada que permitir. En segundo lugar, porque es imposible en la *praxis* negar absolutamente la existencia de Dios, aunque pueda *decirse*. Consecuentemente con esto, el relativismo moral absoluto es *prácticamente* imposible, aunque lo sea en la teoría.
4. La conciencia puede embotarse producto del desorden de la voluntad y de las pasiones, pero la naturaleza humana tarde o temprano se impone mostrando a Dios como el verdadero legislador de las cosas humanas.

José Luis Widow Lira